

Algar  Colección CALCETÍN

Cocodrilos de barrio

Max von
der Grün



—¡No te atreves! ¡Gallina! —gritó Olaf, su líder. Y los cocodrilos repitieron a coro:— ¡No te atreves! ¡No te atreves!

La única que no gritó fue María, la hermana de Olaf, que tenía trece años (uno menos que su hermano): tenía tanto miedo de que le pasara algo a Hannes que no podía ni mirar. Los nueve cocodrilos estaban plantados en un semicírculo al pie de la escalera vertical de incendios, que con sus diez metros de recorrido servía para acceder al tejado. Miraban con expectación cómo Hannes (al que ellos llamaban *Vía Láctea* porque tenía muchas pecas en la cara) iba subiendo lentamente los peldaños para superar su prueba de valor. Era una condición indispensable para ser admitido en la banda de los cocodrilos.

Hannes tenía miedo, se le notaba, y no le gustaban las alturas, pero quería demostrarles a los chicos mayores que, a pesar de sus diez años, era tan valiente como ellos, que ya habían superado aquella prueba.

El chaval se agarraba con miedo a la oxidada escalera y no se atrevía a mirar hacia abajo.

—¡Baja ya, petardo! ¡Si no vas a poder! —gritó otra vez Olaf, y los demás se rieron.

Hannes iba subiendo a tientas, lenta y cautelosamente, la tambaleante escalera de incendios que llevaba hasta el tejado. Cuanto más subía, más se movía la escalera, porque había varios puntos en los que se había soltado de la pared. Algunos peldaños estaban tan oxidados que había peligro de que se partieran si uno se apoyaba en ellos. Hannes no se atrevía a mirar hacia abajo, siempre tenía los ojos puestos en lo alto, en su meta.

Por fin, llegó al tejado. Y miró hacia abajo por primera vez. Pero tuvo que volver a cerrar los ojos enseguida porque la vista se le nublaba (diez metros no son cualquier cosa). En su empeño por no gritar de miedo, apretó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño en la mandíbula.

Pero, por desgracia, sólo había superado la primera parte de la prueba: la segunda consistía en trepar desde la escalera hasta el tejado y, una vez en lo más alto, levantar los dos brazos y gritar «cocodrilo»; hecho esto, ya podría volver abajo.

–¡Venga! ¡Sigue! Sube hasta el tejado –gritó Olaf.

–Sin miedo, Vía Láctea –gritó Frank.

María le dijo en voz baja a su hermano:

–Dile que baje. Se va a caer.

Pero Hannes ya había pasado de la escalera al tejado, encaramándose por encima del canalón, y, tendido boca abajo, se arrastraba lentamente hacia lo alto, empujando las tejas con las manos para impulsarse hacia arriba y asentando los pies cuando encontraba un apoyo. Avanzaba lenta y pesadamente, centímetro a centímetro. Era un proceso que requería mucha energía, y tenía que ir

con ojo porque, con el paso de los años, muchas tejas se habían desgastado y se habían vuelto quebradizas, lo cual hacía que la subida no estuviera exenta de peligro. Más de una vez creía encontrar un apoyo y veía cómo se desprendía una teja bajo sus manos e iba a estrellarse ruidosamente contra el suelo del patio, lo que le dejaba allí tendido, paralizado por el miedo.

Por fin, Hannes llegó a lo más alto del tejado.

Como le faltaba el aliento, se quedó unos minutos acostado bocabajo, descansando; luego se puso de pie con mucho cuidado y, levantando los brazos, gritó: «¡Cocodrilo! ¡Cocodrilo! ¡Lo he conseguido!».

Los cocodrilos le respondieron, también a gritos, desde el patio:

–¡Estás admitido! ¡Hurra! ¡Baja, Vía Láctea! ¡Estás admitido!

–¡Lo has hecho de miedo! ¡Fenomenal! –lo felicitó Olaf.

Pero su hermana, que estaba plantada a su lado, dijo en voz baja:

–Seguro que aún se cae.

–Imbécil –le riñó Olaf, susurrando–, cállate la boca. ¿Qué sabrás tú?

–A ti no te ha hecho falta subir. Si vienes con nosotros es porque eres la hermana de Olaf, y nada más –añadió Frank.

La vieja fábrica de ladrillos en la que se encontraban, que estaba abandonada desde hacía años y que (a pesar de los carteles que prohibían la entrada en el recinto)

les servía a veces de lugar de juegos, se hallaba a unos dos kilómetros de la urbanización Los Papagayos, donde vivían todos. El lugar presentaba un aspecto desolado: los cristales de las ventanas del antiguo edificio de oficinas llevaban mucho tiempo rotos, los muros estaban quebradizos, los tejados llenos de agujeros y, cuando hacía mucho viento o había una tormenta fuerte, caían muchas tejas al suelo. Jugar en la fábrica tenía sus peligros. Ya hacía tiempo que deberían haber echado abajo sus edificios. Se decía que iban a aprovechar el solar para construir un supermercado, pero hasta el momento no habían hecho nada. La razón por la que los cocodrilos iban a jugar allí era que no habían encontrado ningún lugar adecuado para hacerlo: la calle era más peligrosa que la fábrica y en los jardines delanteros y traseros de la urbanización estaba prohibido. Las pocas veces que les había dado por jugar en un jardín, no habían recibido más que reproches: que si «aún me estropearéis el césped», que si «ya me lo habéis ensuciado todo».

La urbanización Los Papagayos limitaba con un bosquecillo que llamaban la Pequeña Suiza, aunque nadie sabía de dónde le venía el nombre. Era allí donde solían ir a jugar los cocodrilos: habían construido una cabaña con ramas y maleza.

El guardabosques no veía con buenos ojos que fueran a jugar allí, pero no los echaba porque, al fin y al cabo, tampoco hacían ningún daño.

La fábrica de ladrillos era el lugar al que iban siempre que algún chaval quería entrar en la banda de los

cocodrilos y tenía que someterse a la prueba de valor, un requisito indispensable para ser admitido en la banda.

A Hannes, la bajada del tejado le estaba planteando, claramente, más dificultades que la subida, porque ahora no podía ver dónde ponía los pies ni se atrevía a mirar hacia abajo, por miedo a marearse.

Cada vez que sus manos encontraban un asidero, tenía que buscar a tientas un sitio en el que afianzar los pies y subirse a él. Resultaba agotador, pero poco a poco, centímetro a centímetro, iba deslizándose hacia abajo sobre su estómago.

Ya llevaba las rodillas del pantalón rasgadas, y los codos del jersey deshilachados, tenía las manos arañadas y las yemas de los dedos le sangraban, pero tenía que conseguirlo, tenía que demostrarles a los cocodrilos, que lo habían tratado siempre con tanto desdén, que él no era ni demasiado joven ni demasiado débil para la banda. Si lograba bajar hasta el patio, se habría convertido en uno de ellos y ninguno podría decirle: «¡Píratela, canijo!».

De repente, cuando ya habían quedado atrás unas dos terceras partes del tejado, se desprendió una teja en la que Hannes había apoyado el pie.

El chaval resbaló lentamente, bocabajo, sin ser consciente en ningún momento de lo que ocurría, hasta que, al darse cuenta de que ya no tenía adónde agarrarse, gritó con toda su alma: «¡Socorro! ¡Socorro! Que me caigo...».

En su bajada, hizo saltar algunas tejas, que cayeron ruidosamente al patio y se partieron en mil pedazos

contra el suelo de cemento. Los cocodrilos no podían hacer nada para ayudarlo; se limitaban a mirar hacia arriba, paralizados por el miedo. Tuvieron que retroceder unos pasos para que las tejas no les cayeran encima.

María estaba tan nerviosa que se mordía el puño; y su hermano Olaf miraba boquiabierto hacia el tejado sin pronunciar palabra.

Hannes no tuvo donde apoyar sus pies hasta que llegó al canalón y se agarró con las manos a una tabla del tejado que había quedado al descubierto.

—¡Hannes! ¡Agárrate fuerte, que vamos a buscar ayuda! ¡Tú agárrate fuerte! —gritó, por fin, Olaf.

Pero, cuando Hannes se puso a llorar y a gritar, de lo asustado y lo confundido que estaba, los cocodrilos salieron corriendo. Hannes, que no veía nada, arrimó la cara al agujero del tejado y siguió desgañitándose para que lo ayudaran.

Tenía esperanzas de que uno de los cocodrilos subiera hasta arriba y lo socorriera. Pero su miedo fue en aumento cuando el propio canalón empezó a flaquear: estaba oxidado y se había soltado por varios puntos. Era de temer que, en cualquier momento, se partiera; todo dependía del tiempo que la tabla aguantara su peso.

Al principio, María estaba tan confundida que había salido corriendo detrás de los chicos; luego, una vez fuera de la fábrica, había intentado detenerlos, pero corrían como si les fuera la vida en ello. Sacaron las

bicis de la cuneta, se montaron en ellas uno tras otro y se alejaron a toda prisa rumbo a la urbanización Los Papagayos. De repente, los cocodrilos tenían más miedo que el propio Hannes, que estaba colgado del tejado.

María los siguió en su bicicleta. Estuvo a punto de dar la vuelta, pero se lo pensó mejor y continuó hasta la calle principal. Al llegar allí, se metió en una cabina telefónica, marcó el número de los bomberos y le gritó, nerviosa, al micrófono:

–Vengan enseguida... con una escalera, a la fábrica de ladrillos de la urbanización Los Papagayos... Un chico se ha quedado colgado del canalón del tejado... Se va a caer... ¡Vengan enseguida!

Luego colgó.

Al salir a la calle, le pareció oír los gritos de Hannes; pero eso era prácticamente imposible porque la fábrica estaba a más de un kilómetro y el ruido de los coches que pasaban por la calle general los habría ahogado.

La chica se quedó plantada delante de la cabina, sin saber qué hacer. Pero la sirena de los bomberos no se hizo esperar y enseguida vio cómo el gran coche rojo desaparecía por la curva del estrecho camino que iba a parar a la fábrica.

María volvió a montarse en su bicicleta y deshizo el camino recorrido. Cuando llegó a la fábrica de ladrillos, los bomberos ya habían desplegado la larga escalera y uno de ellos se disponía a subir.

Se escondió detrás de los arbustos para que nadie pudiera verla: tenía miedo de que todos se enteraran de que ella también había contribuido a poner en peligro la vida de Hannes.

Al ver cómo un segundo bombero subía por la escalera, bajar a Hannes del tejado llegó a parecerle hasta un juego de niños.

El chaval no dejó de gritar hasta un buen rato después de haber puesto los pies en el suelo. Y entonces se puso a llorar.

Uno de los bomberos intentaba tranquilizarlo, pero había otro al que María le oyó decir:

–Es para cogerte y molerte a palos. ¡Menuda ocurrencia! Ya puedes dar gracias de seguir vivo... Cuando te coja tu padre, te vas a enterar.

–Habrías podido matarte –oyó que decía otro bombero–. Matarte. ¡Qué disparate! Pero, ¿qué se te perdería a ti en ese tejado?...

Y entonces, el canalón en el que Hannes había estado todo el rato apoyado se partió en dos. Una de las mitades se rompió contra el suelo del patio, haciendo que los propios bomberos recularan del susto.

–Mira, ya iba siendo hora –soltó uno de ellos.

Y el que había bajado a Hannes del tejado dijo:

–¿Has visto...? Ahora podrías estar muerto. ¡A quién se le ocurre!

Hannes ya estaba más tranquilo, pero no se había enterado de nada de lo que había ocurrido a su alrededor. El conductor del coche de bomberos le dijo:

–Menuda potra has tenido... Sigues vivo de milagro... No me gustaría estar en la piel de tu padre: te iba a caer una buena... ¡Y espero que te caiga!

Aunque la fábrica de ladrillos estaba a dos kilómetros largos de las casas más cercanas, ya rondaban por allí algunos curiosos que habían acudido al lugar en moto y en bicicleta.

María se atrevió, por fin, a salir de su escondrijo y se situó detrás de los mirones. No quería que la reconociera nadie: pensaba que todos se darían cuenta de que ella también tenía parte de culpa en lo que había ocurrido. Tembló al pensar lo que habría podido pasarle a Hannes si los bomberos hubieran llegado tan sólo unos pocos minutos después.

–¿Se puede saber cómo has entrado aquí? –le preguntó un bombero a Hannes. Pero el chaval no respondió.

–¿Estabas solo? –le preguntó otro-. ¿No había nadie más contigo?-. Hannes seguía sin responder.

–Pues será que no –dijo el conductor del coche y subió a la cabina.

Los bomberos llevaron a Hannes a su casa en el gran coche rojo. Cuando aparcaron el enorme vehículo enfrente del edificio y dos de ellos cruzaron la calle con el chaval, en la urbanización ya se había congregado una muchedumbre. La madre de Hannes, que casualmente acababa de mirar por la ventana, abrió de golpe la puerta de casa, blanca del susto, y abrazó a su hijo. Estaba tan alterada que se olvidó de preguntarles qué le había pasado.

–Tienen que hacerle comprender –le dijo un bombero– que uno no ha de andar trepando por ahí cuando hay carteles de «PROHIBIDO EL PASO», que para algo sabe leer, ¿o no?

La madre asintió automáticamente, apretando contra sí a Hannes y haciendo un esfuerzo por ocultar sus lágrimas.

–En fin –continuó el bombero–, no queremos entretenerla más, lo importante es que todo ha salido bien... Ha habido suerte.

La madre se llevó a Hannes a la cocina, se sentó en una silla y se quedó un rato callada, retorciéndose las manos; luego, le dijo:

–Pero, ¿cómo se te ocurre...? ¡Habrías podido martarte!

Cuando, por segunda vez, Hannes se puso a llorar, ella lo abrazó.

–No te preocupes... que no te voy a reñir... Pero que no se repita, ¿eh? ¿Cómo ha podido pasar algo así?

Hannes le contó lo de la prueba de valor y su admisión en la banda de los cocodrilos. Su madre, que no hacía más que cabecear, dijo por fin:

–Pues menudos amigos te has buscado... Menudos... Cuando los necesitas, hala, ¡salen corriendo! ¡Vamos, como para estar orgulloso!

Cuando llegó a casa el padre de Hannes, que ya había sido informado de todo por unos conocidos en la parada del tranvía, su primer impulso fue darle a su hijo una bofetada, pero la madre se metió en medio y gritó:

—¿Qué haces? Alégrate de que siga vivo... Piensa en lo que habría podido pasar.

Hannes estaba sentado en la cocina, hecho una pena, y no se atrevía a mirar a su padre. En aquel momento, le habría prometido cualquier cosa que le hubiera pedido; sólo quería que lo dejaran tranquilo.

—Para que aprendas, te vas a quedar dos semanas sin tele —dijo su padre—, sin jugar con el conejo Aníbal, sin salir, sin paga...

—¡Ya está bien! —gritó la madre.

—¡Qué narices va a estar bien! Tú misma te has quejado más de una vez de las gamberradas que hace esa pandilla, a la que pertenece nuestro señor hijo. Si no, piensa en...

—Ya, ya lo sé...

—Siempre están fastidiando a los inválidos del bosque, van detrás de ellos gritándoles «carcamales»; no paran de molestar a las chicas, dando vueltas a su alrededor con sus bicicletas; se suben a los árboles y le tiran piedras a la gente, y luego...

—Si ya lo sé —dijo la madre de Hannes—, pero también hacen otras cosas. Y ahora deja estar el tema y alégrate de que nuestro hijo...

—Siga vivo —exclamó él, interrumpiéndola—. Pero ¿cómo se le ocurre hacer esa burrada? Podría haberse caído.

—Pero no me caí. Y ahora soy de los cocodrilos... —exclamó Hannes, que ya casi le había perdido el miedo a su padre.

–Bonita banda, ésta de los cocodrilos, que no sabe hacer otra cosa que fastidiar a los mayores –siguió gruñendo el padre.

–Tienen unas bicis muy guays –respondió Hannes–; y están metidos en el Club de Natación. Y al guarda no le ha importado que construyeran una cabaña en el bosque.

–Pues tú más vale que te ocupes de hacer tus deberes, que con eso ya tienes bastante –le dijo su padre, cogiendo una botella de cerveza de la nevera.

–¿Y quién está en los cocodrilos? –le preguntó su madre.

–Pues está Olaf, que es el jefe; María, su hermana; y Peter...

–¿Ese chico moreno que siempre está hurgándose la nariz? –le preguntó su madre.

–Y Willi, ¿sabes quién digo? Uno que tiene el pelo largo y rubio...

–Y que siempre se está mordiendo las uñas –saltó su madre. Luego, le dijo entre risas:– le llaman *el Conejo...* de tanto que mordisquea.

–No lo sé, pero es un buen nadador: ya ha ganado tres premios en el campeonato local dentro de su categoría –le respondió Hannes.

–Puede ser –refunfuñó el padre.

–Y está Otto, que sabe hacer el pino encima de la bicicleta, y Theo...

–¿Te refieres al pelirrojo de la calle lateral? ¿El que siempre está sacando a pasear a su hermanita? Pues mira, ése es buen chico, Hannes.

—¿Ves? Y también está Frank, al que llaman *el Mono*, por lo bien que trepa; y Rudolf, que tiene una bici francesa muy chula.

—¡Con lo que gana su padre, ya la puede tener! Ya verás la factura que nos pasan los bomberos que te bajaron del tejado...

—¿Tú crees? —exclamó su madre.

—¡Hombre, digo yo que estas cosas no las harán por la cara...! Y justamente tenía que ser ahora, con todos los gastos que tenemos por culpa de esa enfermedad tan larga que has pasado... —dijo el padre.

—Pero yo puedo ayudar algo con lo que saque de hacer costura en casa —dijo la madre.

—Tampoco es eso —le respondió el marido—. Lo único que digo es que yo, a corto plazo, más de mil doscientos marcos no voy a poder reunir. No puedo hacer horas extras porque en este momento la empresa no marcha nada bien, y tienen pulidores de sobra...

—Pero ¿no irán a...? —exclamó ella, asustada.

—¡No, mujer, qué van a despedirme! Lo único que digo es que bastante mal están los tiempos como para que encima ahora nuestro hijo... ¡La factura de los bomberos la debería pagar él de su bolsillo!

—Pues tendría para largo —dijo su mujer—, con los cinco marcos que le damos a la semana... Y tampoco es que los eche por la ventana, que aún le llega para comprarle la comida a Aníbal.

—El año que viene, subirá el alquiler: veinte marcos, dicen.

—Entonces, ¿tendremos que pagar trescientos cincuenta?

—Exacto —dijo el padre, y cogió el periódico y fue a sentarse a la sala de estar.

Nada más salir el padre de la cocina, entró saltando Aníbal por la puerta, que se había quedado abierta. Hannes lo llamó en voz baja y el conejo enano fue... y, de un salto, se le subió al brazo. Hannes se lo puso en el regazo y le acercó una zanahoria, que el animal empezó a devorar con ganas.

—Antes de que entres en casa, Aníbal ya te ha oído —dijo la madre—, y se pone a arañar la puerta como si fuera un perro—. Acarició al animal, que no quería que lo molestaran mientras comía.

El conejo, que tenía el pelaje de un color gris plateado, era un regalo de cumpleaños de la abuela de Hannes. Su padre le había hecho un corral muy grande, que estaba en la habitación de los niños y que Hannes tenía que limpiar cada dos días.

Su padre le levantó la prohibición de jugar con el conejo porque no podían tener a Aníbal encerrado a todas horas, pero mantuvo la de la televisión. Eso hizo que, los días siguientes, Hannes mirara mucho por la ventana, sobre todo cuando se quedaba solo en su cuarto.

Al tercer día, vio pasar por la calle a una mujer que empujaba a un chico en silla de ruedas. El chico era algo

mayor que él, podía tener unos doce años; era moreno y tenía las piernas tapadas con una manta.

Cuando volvió a verlos pasar al día siguiente, se fue al salón, donde estaba su madre sentada en la máquina de coser, y le preguntó qué le pasaba a aquel chico.

—¿Por qué lo preguntas? —le dijo su madre—. Viven cerca de aquí, en la calle de la Plata.

—Pero ¿qué le pasa al chico? —preguntó Hannes.

—Que no puede caminar. Lo tienen que empujar o llevar en coche a todas partes, está parálítico de la cintura para abajo. Se cayó por una escalera cuando tenía tres años.

—¿Y por eso ya puede uno quedarse...? —preguntó Hannes.

—Ya lo creo. Si se tiene una mala caída... Y la operación no sirvió para nada... Ese chico se tendrá que pasar toda su vida sentado en una silla de ruedas.

—Pero eso es horrible —dijo Hannes.

—Pues lo mismo podría haberte pasado a ti si te hubieras caído de ese tejado. Es algo que le puede pasar a cualquiera. Acércate a su calle mañana a las ocho y media, que es cuando lo recogen... Tú no tienes colegio hasta las diez.

A la mañana siguiente, a pesar de que le habría gustado seguir durmiendo, Hannes se fue andando hasta la calle de la Plata y se plantó en la acera de enfrente de la casa que le había descrito su madre.

Una Ford Transit blanquiazul aparcó delante del edificio. El conductor se bajó del vehículo, abrió las dos puertas traseras y desplegó una rampa de dos raíles hasta

el suelo. Justo en ese instante, se abrió la puerta de la casa y, por una rampa de cemento que había al lado de los tres escalones del portal, salió la mujer que él conocía de vista, sacó de espaldas la silla de ruedas y, pasando por la acera, la bajó hasta la calle. Una vez allí, el conductor la ayudó a meter la silla y al chico que iba sentado en ella en el minibús.

De pronto Hannes cruzó corriendo la calle y gritó:

–¿Puedo ayudar?

–Eres muy pequeño –le respondió el conductor y sujetó firmemente la silla de ruedas con unas correas de cuero. En el autobús ya había unos cuantos chavales, pequeños y mayores. A los chicos incapacitados los llevaban a una escuela especial.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó Hannes al chaval de la silla de ruedas.

–Kurt. Y tú eres Hannes, *el Vía Láctea*, el chico al que los bomberos bajaron del tejado.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo estoy al tanto de todo lo que pasa en el barrio –contestó Kurt. El conductor cerró las dos puertas y el autobús salió enseguida hacia la calle principal.

–Pero ¿tú no piensas irte a casa? ¿No tienes colegio hoy? –le preguntó la madre de Kurt.

–Sí, sí –le contestó Hannes y salió corriendo.

Nada más llegar a casa, le dijo a su madre:

–Tiene que ser una desgracia no poder andar.

–Ya lo creo que es una desgracia. Para él y para su madre. Porque el padre de Kurt trabaja a turnos y no siempre

puede ayudar... El conductor del autobús es el que la tiene que ayudar siempre a entrar a Kurt en casa.

—¿Y si voy a visitarlo un día? —preguntó Hannes.

—Hombre, pues sería de más provecho que ir por ahí con tus cocodrilos molestando a los vecinos, asustando a los viejos y acosando a las chicas... Y oye, una cosa que hace tiempo que quiero preguntarte: ¿me puedes decir dónde se metieron esos amigos tuyos tan guays cuando tú estabas colgado del tejado?

Hannes no dijo nada porque se avergonzaba de ellos; él no podía saber que había sido María la que había avisado a los bomberos. Sin contestarle a su madre, que en ese momento se había puesto a planchar ropa, el chaval salió de la cocina. Aníbal lo siguió dando brincos.

Cuando llegaron a su dormitorio, el conejo se subió de un salto al sofá y empezó a limpiarse. Hannes cogió su cartera: ahora, como se había quedado sin televisión, siempre llevaba los deberes hechos.

Cuando iban por la Pequeña Suiza camino de su cabaña, los cocodrilos encontraron un corzo muerto. Los chavales, desconcertados, formaron un corro alrededor del cuerpo. No sabían qué iban a hacer con aquel animal muerto. Peter se hurgaba en la nariz con tanta fuerza, de lo nervioso que estaba, que Hannes le gritó:

—¡Peter, para ya de una vez! O envíanos una postal cuando llegues arriba.

Pero no se rio nadie: el corzo muerto que tenían a sus pies les había causado un gran impacto.

Olaf dijo: «Lo habrán atropellado en la carretera y luego habrá venido arrastrándose hasta aquí. Sí, eso habrá sido».

–Podríamos despellejarlo y asarlo en un pincho –dijo María.

–¡Eso es una idiotez! –exclamó Peter–. Primero, porque no tendría buen sabor, y segundo, porque, si hiciéramos una hoguera en el bosque, se enteraría todo dios.

–¿Y si nos metiéramos en el prado? –dijo María.

–En el prado es donde mejor nos verían –respondió Frank–. Y a ver quién es el guapo que despelleja a este animal tan grande y le saca las tripas... Yo vi un día cómo hacían una matanza en casa de Holtkamp, el granjero, y dan ganas de vomitar.

–Pues lo enterramos –dijo María.

Los chicos asintieron con la cabeza, les había parecido buena idea: lo principal era quitar de en medio al corzo para que no molestara. Fueron a buscar un pico y una pala. La cabaña estaba bien equipada: tenían una mesa y unas sillas viejas que se habían agenciado el día que habían recogido la basura grande, y guardaban todas las herramientas que se encontraban tiradas; habían recubierto de musgo el suelo de la cabaña, y hasta habían colgado un espejo, viejo y medio deslustrado, en el tronco del haya alrededor de la cual estaba construida. Hacía un año, Olaf y Frank habían levantado una torre de vigilancia, pero se habían visto obligados a echarla

abajo para que el guarda no cumpliera su amenaza de desalojarlos de la cabaña.

Empezaron a cavar el hoyo en el sitio en el que habían encontrado al corzo. Fue una tarea pesada, porque la tierra del bosque estaba entrecruzada por una infinidad de raicillas y, a pesar de que iban turnándose, sudaron a chorros. Tardaron nada menos que dos horas en conseguir que el hoyo tuviera la profundidad necesaria para cubrir al animal. Luego, lo taparon y patearon bien el suelo para que nadie viera el montón de tierra removida.

—Tendríamos que echarle flores por encima —dijo María.

—Mira que eres petarda —le replicó su hermano—. ¡Sí, venga, vete a la floristería y encarga una corona con una cinta, idiota!

—¡Ahí te deberíamos haber echado a ti también! —exclamó Frank.

María se ofendió y se fue a casa en su bicicleta.

Por la noche, al preguntarle su madre dónde había estado tanto tiempo, Hannes le contó cómo habían encontrado al corzo y lo habían enterrado en el bosque. Ella le dijo:

—Si volvéis a encontrar a un animal muerto, avisad al guardabosques. Él conoce a todos sus animales, igual que los granjeros conocen a todas sus vacas, y ahora notará su falta. Además, aunque la carne del animal ya no sea buena, la piel siempre puede aprovecharse... Y aunque no se pudiera, lo correcto es informar al guardabosques.

Al día siguiente, estando otra vez sentados en la cabaña, Hannes le contó a los cocodrilos lo que le había explicado su madre. Los chavales lo miraron asombrados porque no sabían nada. Al principio, antes de construir la cabaña, ni siquiera habían sospechado que existiera un guardabosques en una ciudad industrial tan grande como la suya. Habían supuesto que había guardabosques en las zonas rurales, pero no en la cuenca del Ruhr, donde las casas, al igual que las fábricas, se sucedían ininterrumpidamente unas a otras, y los bosques eran como parques públicos aumentados.

—Podríamos ir ahora a avisar al guarda —dijo Theo, que no se quitaba su gorra escocesa por mucho calor que hiciera.

—Nos echará la bronca —dijo María.

—Pero así, por lo menos, sabrá dónde para el corzo; aunque ya no lo vaya a desenterrar —respondió Theo.

—¡Bah! —exclamó Olaf—. Ahora ya, ¿para qué? Olvidémonos. A la próxima, ya lo sabemos.

—A lo mejor nos daban una recompensa —objetó Peter.

Frank le respondió, maliciosamente:

—¡Sí, una hurgadora de narices automática para ti! Los demás se rieron.

—¡Qué brutos sois! —exclamó Peter y, montándose en su bicicleta, se marchó del bosque.

—Sí que sois brutos, sí —le dijo Hannes a Frank.

—¿Brutos? ¿Tú sabes lo que es ser bruto? Meterle la mano en el bolsillo a un tío en pelotas. Eso sí que es ser bruto.

Ninguno se rio con el chiste porque ya lo conocían todos.

Dos tardes después, Hannes tenía que ir al COOP a hacerle la compra a su madre y, por el camino, se encontró a Olaf, Peter, Frank y Rudolf, que iban con sus bicicletas camino de la piscina cubierta.

—¿Te vienes? —preguntó Olaf.

—No puedo, tengo que ir a hacerle la compra a mi madre. Vuelve a estar mal de las piernas, por las varices.

—Pues nada —dijo Olaf, y los chavales se pusieron en camino.

Delante de la puerta del Coop, sentado en su silla de ruedas, Kurt esperaba a su madre, que estaba dentro haciendo la compra. Una vez más, y a pesar de que hacía buen tiempo, llevaba las piernas enrolladas con una manta.

—¿Por qué siempre llevas las piernas tapadas con una manta? —preguntó Hannes.

—Porque no las puedo mover y se me enfrían. Por eso tengo que llevar una manta encima.

—¿Y qué pasa si se te enfrían?

—¿A ti te gusta que se te enfríen los dedos de los pies? —le preguntó Kurt.

—¡Pero si hace calor! —respondió Hannes.

–Para ti. Pero para mis piernas, no. Y dice el médico que, si se enfrían, la sangre ya no circula bien, y eso puede resultar peligroso.

–Ya –dijo Hannes, aunque no había entendido nada de lo que le había dicho.

–Pero, si alguien me sostiene, me puedo aguantar derecho –siguió diciendo Kurt.

–¿Que te puedes aguantar derecho? ¿Y puedes estar mucho rato? –le preguntó Hannes con interés.

–No, no mucho: unos minutos. Practico con mi madre... Tú vives en la calle Gudrun, ¿verdad? Yo, en la calle de la Plata. Pero, bueno, eso tú ya lo sabes. Conozco a todos los cocodrilos, siempre os estoy observando. Es que tengo unos binoculares.

–¿Unos binoculares? ¿Y eso qué es? –preguntó Hannes.

–¿No has visto nunca unos prismáticos?

–Ah, unos prismáticos, ¡total, era eso! –le respondió Hannes, sin saber muy bien de qué iba a hablar con aquel chico que no podía caminar, que tenía que ir a una escuela especial y que no podía ir en bicicleta ni jugar en la calle. Le habría gustado contarle a Kurt más cosas sobre los cocodrilos, la cabaña del bosque y el corzo muerto que habían enterrado, pero no sabía si aquello le iba a interesar. Puede que Kurt no hubiera visto nunca un corzo. Y, al no poder caminar, tampoco podía saber lo que era escabullirse de un guardabosques, ni hacer rabiar a la gente, ni dar vueltas con las bicis alrededor de las chicas, ni subirse a los árboles y tirarles piedras a los

mayores para que miren en vano hacia arriba, mientras uno está bien escondido entre las ramas.

—¿Puedes venirte un día a mi casa? —le preguntó, aun así, Hannes—. A jugar, digo. Tengo un conejo enano. Es muy manso, come de mi mano. Se llama Aníbal.

—No va a poder ser —respondió Kurt—. Tu casa no tiene rampa de acceso y harían falta dos hombres para meterme... Pero, puedes venirte tú a la mía —añadió enseguida, como si tuviera miedo de que Hannes fuera a negarse.

—Pues claro que iré. Si puedo, o sea, si tu madre me deja.

En ese momento, salió de la tienda la madre de Kurt con dos bolsas de la compra llenas hasta los topes. Saludó a Hannes con la cabeza.

—¿Puedo llevar yo a Kurt? —le preguntó él.

—Es mucho peso para ti solo. Pero acompáñanos, si quieres, y así ves cómo se hace.

La mujer puso las dos pesadas bolsas en el regazo de Kurt y éste las sujetó con los dos brazos. Hannes, que había estado a punto de olvidarse de su recado, entró corriendo en la tienda para comprar mantequilla y fruta mientras Kurt y su madre lo esperaban fuera. Desde allí hasta la calle de la Plata, Hannes fue caminando junto a la silla de ruedas, pero, luego, cuando la calle se hizo cuesta arriba, le dejaron que ayudara a empujar. El propio Kurt puso de su parte cuando su madre le hubo quitado de encima las bolsas de la compra, haciendo girar las dos ruedas metálicas que había al lado de las ruedas de goma; un proceso lentísimo, pero que para el que empujaba su-

ponía todo un alivio. Las dos ruedas disponían, además, de un mecanismo de frenado que Kurt accionaba cuando iba cuesta abajo para que el que estuviera empujando no tuviera que soportar todo el peso.

Al llegar a la casa, Hannes ayudó a subir a Kurt por la rampa de acceso. Por el camino, se había fijado muy bien en cómo había que llevar la silla de ruedas y en los trucos que había que emplear para poder manejar el pesado vehículo.

—¡Qué bien lo haces ya! —le felicitó la madre de Kurt—. Con unos días más de práctica, te apañarías tú solo.

—Me gustaría —dijo Hannes.

—Pero, para hacerlo tú solo, ¡aún te tendrás que comer unos cuantos trozos de salchicha más! —dijo, riéndose, la madre de Hannes.

Al llegar al recibidor, la cosa se complicó bastante, pero Kurt y su madre tenían mucha práctica: la mujer se puso en cuclillas, esperó a que su hijo le rodeara el cuello con los brazos y luego lo entró a cuestras en la casa. Una vez dentro, dejó que se escurriera lentamente hasta el suelo. Hannes, que había entrado las dos bolsas de la compra, se llevó una gran sorpresa al ver cómo Kurt se movía él solo por la casa, reptando por el suelo alfombrado: avanzaba con el único impulso de sus brazos, arrastrando las piernas, y lo hacía, además, bastante rápido.

Kurt tenía un cuarto muy grande con un ancho ventanal por el que se veía parte de la vieja fábrica de ladrillos. En las blancas estanterías de la pared había un montón de coches de juguete y, en el suelo, un *parking* de varios pisos

con autolavado y un ascensor eléctrico con el que los vehículos podían ser transportados a las distintas plantas.

—¿En qué trabaja tu padre? —preguntó Hannes.

—Es conductor del servicio de recogida de basura —respondió Kurt—. ¿Y el tuyo?

—El mío trabaja de pulidor en la fábrica de maquinaria. Mi madre se ha tirado medio año enferma, la han operado de varices. Pero ahora ya está mejor.

—¿Sabes? Mi padre lleva un radiotransmisor en el camión —dijo Kurt—. Así es como se comunican entre sí todos los conductores.

—El mío ya no puede hacer horas extras, y no gana tanto dinero como antes —dijo Hannes.

—En eso el mío puede estar tranquilo, porque basura siempre habrá —respondió Kurt—. Pero, desde luego, el dinero no nos sobra. Mis padres se han gastado una pasta conmigo, porque no todo lo cubre la Seguridad Social. Siempre están yendo a la Oficina de Asuntos Sociales a pedir ayudas, y mi padre se pone de mal humor. Dice que, para que te den una ayuda, tienes que rellenar un kilómetro de formularios.

—Mi madre siempre dice que a nadie le regalan nada —respondió Hannes.

En su habitación, a Kurt no le hacía falta la ayuda de nadie para moverse; podía subirse a su silla de ruedas y desplazarse por todo el dormitorio. Tampoco necesitaba que lo acompañaran al servicio; aunque le costaba su tiempo, podía apañarse él solo. Cuando de verdad le daba trabajo a su madre era cuando había que bañarlo

en casa: la mujer no podía hacerlo sola, tenía que esperar a que llegara su marido.

Hannes no había visto tantos coches de juguete en su vida; ni en una juguetería. Se pusieron a jugar los dos con ellos y con el *parking*. Hacían que los coches aparcados salieran por la espiral y bajaran a toda pastilla por la colorida pista que estaba fijada a la cruz de la ventana, y luego los empujaban hasta los surtidores de gasolina: debajo del aparcamiento había un depósito de gasolina que funcionaba con electricidad; y el autolavado tenía agua y todo.

—Tráete un día a tu conejo —le dijo Kurt.

—No puedo, se escaparía. Se pone nervioso cuando no conoce el sitio. Mejor te vienes tú a mi casa: mi padre te puede llevar a cuestras. También vivimos en una planta baja —dijo Hannes.

La madre de Kurt entró en la habitación.

—Hannes, ya es hora, vete a casa, que de aquí a nada tu madre te estará buscando.

—¿Vendrás otro día? —preguntó Kurt—. Estoy en casa todos los días a partir de las cuatro en punto; y el sábado, como no tengo cole, puedes venir a la hora que sea.

—Ya lo creo que vendré. Puedo, ¿no?

—Pues claro que puedes —respondió la madre de Kurt—. Todos los días que quieras.

Hannes se fue a casa.

Cuando llegó, su madre estuvo a punto de reñirle por haber estado tanto rato fuera de casa, pero, al contarle el chico que había ido a visitar a Kurt, no se lo tuvo en cuenta y le dijo que, desde luego, mejor era eso que andar hacien-

do el burro por ahí con los cocodrilos. Evidentemente, Hannes no pensaba lo mismo, pero no quiso llevarle la contraria a su madre por miedo a que le aumentaran el castigo y se quedara aún más días sin televisión.

Al día siguiente por la tarde, volvieron a reunirse todos los cocodrilos en su cabaña del bosque. El domingo, tenían pensado hacer una excursión en bicicleta a la vecina región de Münster, y estaban hablando sobre la ruta que tomarían y las cosas que había de llevar cada uno al viaje. De repente, y para su sorpresa, Hannes les propuso que admitieran en la banda a Kurt Wolfermann; naturalmente, sin prueba de valor: como una especie de miembro honorario, no como un cocodrilo en activo.

Cuando Hannes terminó de hablar, Olaf se echó a reír. Los demás no decían nada, pero había algunos que sonreían burlescamente.

—¡Qué idioteces dices! —exclamó Olaf—. Y, ¿qué pinta ése en la banda? ¡Un inválido al que hay que estar siempre empujando! A nosotros nos hace falta gente que trepe a los árboles y a los tejados.

—¡Kurt no es ningún inválido! —gritó Hannes, indignado—. Vale que no pueda andar... ¡Pero tiene más cabeza que todos nosotros juntos, para que lo sepáis!

—Pero Hannes —dijo Peter, queriendo poner paz—, Olaf tiene razón. A Kurt hay que estar siempre empujándolo. ¿Qué hacemos nosotros con alguien así?

Frank dijo:

–Si él viniera con nosotros, ya no podríamos ir en bici, tendríamos que estar siempre pendientes de él... Porque él en bici tampoco puede ir.

Peter preguntó:

–Y además, ¿quién se encargaría de empujarlo? ¿Nosotros? ¡Tío, Hannes, que para empujar una silla de ruedas hay que tener una formación! Tú imagínate que le pase algo: ¿se nos caería el pelo!

–Pues ayer lo empujé yo y no tengo formación, y además, si es sobre llano, Kurt se empuja él solo... Es que ayer estuve en su casa.

–Pero puede volcar a la mínima –dijo Frank–. Un día estuvo a punto de volcar delante de mí, enfrente del Consum.

María dijo:

–Nosotros no entendemos de sillas de ruedas, no sabemos qué hay que hacer, y, si pasara algo, sería culpa nuestra... Además, imagínate que, yendo de camino a algún sitio, tiene que ir al servicio... Nosotros aún podemos meternos entre los arbustos... si nos entran ganas de hacer pipí, o lo otro. Piensa en eso.

Todos se sonrojaron.

Hannes se quedó pensativo porque él todavía no había considerado el tema desde ese ángulo, pero, cuando ya iban a separarse, les dijo:

–Tendremos que aprender. No puede ser tan difícil. Además, ya nos irá diciendo Kurt lo que hay que hacer... Yo lo he empujado sin que me ayudara nadie y la cosa tampoco es para tanto.

—¿Y si hubiera que levantarlo a pulso? Nosotros no íbamos a poder —dijo Peter.

—A las excursiones ya ha quedado claro que no puede venir —respondió Hannes, que ya empezaba a perder la paciencia—. Pero puede estar en la cabaña...

—¡Un tío que no es capaz ni de subir al tejado! —dijo Olaf.

—Bueno, eso me parece que ya es historia —replicó María sonriendo irónicamente—. Después de lo de los bomberos...

Olaf y los demás cocodrilos se horrorizaron: les incomodaba mucho que se hablara de ese tema, porque aquel día se habían comportado todos como unos auténticos cobardes.

Venciendo sus dudas iniciales y, con un tono que ya no parecía admitir ninguna réplica, Olaf dijo:

—Historia no sé si será, pero ¿qué pinta aquí un tío al que hay que estar empujando a todas horas? ¡Anda, que tú también, Hannes!

—Bueno, votemos —propuso María.

En la votación, quedó claro que estaban todos en contra de la admisión de Kurt: el único que votó a favor fue Hannes; María se abstuvo.

A Hannes le entraron ganas de gritar, de la rabia que tenía. Olaf, que se dio cuenta, le puso los brazos alrededor de los hombros e intentó consolarlo.

—Oye, Hannes, que está genial que defiendas a Kurt porque es de tu barrio. Pero piensa el estorbo que sería para nosotros: tendríamos que estar pendientes de él

a todas horas y eso nos cortaría el rollo la tira de veces. Piénsalo.

Aquella tarde, los cocodrilos pusieron fin a su reunión sin haber acabado de hablar de sus planes para la excursión a la región de Münster. Cogieron las bicis y se fueron a nadar. Theo también fue, aunque, en teoría, ya debería estar en casa para sacar a su hermanita a pasear en el carro.

Era el mes de junio y un calor casi insoportable golpeaba la gran ciudad de Dortmund. El polvo y la pestilencia de las grandes fábricas resultaban asfixiantes. Aún quedaban lejos las vacaciones y en los únicos sitios en los que se podía sobrellevar aquella situación era en el bosque y en la piscina; muchas veces, los chavales se dormían en plena clase de tanto calor que hacía. Era la misma época en la que entraban a robar casi todas las noches en las tiendas de los suburbios del norte para llevarse, sobre todo, vino, licores, radios portátiles, televisores, cigarrillos y dinero (cuando aún quedaba algo en la caja).

Día sí, día no, la gente se enteraba por el periódico de que habían entrado a robar en alguna tienda. También se llevaban cajas de cerveza, conservas, salchichón y, sobre todo, radios y radiocasetes. Y, en todos los casos, los ladrones desaparecían sin dejar rastro, como si se los hubiera tragado la tierra; nunca había testigos que pudieran aportar pistas. A los pocos días, la policía y los residentes ya no hablaban de otra cosa que de esos ladrones, a los que habían bautizado con el nombre de *la banda fantasma* porque no dejaban rastros ni huellas

dactilares. La policía no hacía más que dar palos de ciego: se puso una recompensa de quinientos marcos; y los propietarios afectados dijeron que recompensarían con otros mil a cualquiera que les diera una pista.

Pero eso tampoco sirvió para nada, porque no existían pistas que pudieran ayudar a la policía a resolver el caso. Además, los robos sólo afectaban a los suburbios del norte.

Naturalmente, como ocurre siempre en estos casos, los vecinos sospechaban, sobre todo, de los extranjeros: los turcos y los italianos.

Los trabajadores extranjeros vivían en un barrio de edificios antiguos que estaba situado detrás de la Pequeña Suiza y que presentaba un aspecto desvencijado porque sus propietarios ya no hacían reparaciones en las viviendas. Se decía que iban a derribarlo en cuestión de pocos años para hacer sitio a los nuevos bloques de pisos. Había muchas casas a las que se les había caído el enlucido y que, en lugar de cristales en las ventanas, tenían cartones.

En la urbanización Los Papagayos, había quienes presumían de saber que los ladrones eran los turcos; otros opinaban que aquella manera de actuar casaba más con los italianos; pero, en general, todos coincidían en que se trataba, exclusivamente, de trabajadores extranjeros. La policía ya había efectuado un registro en un domicilio de ese barrio basándose en una denuncia anónima, pero no había encontrado nada que confirmara las sospechas.

El que más disfrutaba echándole las culpas a los extranjeros, ya fuera en casa o en el bar, era el padre de Olaf.

—Esa gentuza —decía siempre— debería largarse por donde ha venido. No sirven más que para quitarnos los puestos de trabajo.

Un día que Olaf dijo en la cena que los ladrones también podían ser alemanes, su padre le dio una bofetada y le gritó:

—¡Cuando yo digo que son extranjeros es que son extranjeros! ¡Y punto!

—¡Y si tú dices que llueve es que llueve, aunque el sol esté fuera! —replicó María, y salió enseguida de la habitación para no llevarse una bofetada ella también.

Los cocodrilos también hablaban de los robos; y no era de extrañar, porque hacía días que ése era el principal tema de conversación de sus familias. Y ¡qué rumores más absurdos circulaban! ¡Qué sospechas más increíbles se formulaban!

Un día, Hannes le preguntó a su padre:

—Papá, ¿tú quién crees que habrá sido?

Y él le respondió, sin más:

—Puede haber sido cualquiera.

Cuando Kurt le hizo la misma pregunta al suyo, éste le respondió:

—Yo no creo que hayan sido ladrones de verdad. A lo mejor, son sólo unos bromistas que tienen ganas de divertirse.

Cuando se reunieron en su cabaña el domingo por la tarde, los cocodrilos también hablaron sobre el te-

ma. Los domingos por la mañana, siempre salían de casa con la excusa de que iban a la iglesia y, por eso, ese día, su punto de encuentro era siempre la Pequeña Suiza.

Estando delante de la cabaña, vieron que se acercaban unos niños por el camino. Los cocodrilos se dieron cuenta enseguida de que eran extranjeros porque, aunque no distinguían el turco del italiano, no les habían oído pronunciar una sola palabra en alemán.

Cuando los niños ya casi habían llegado a la cabaña, Frank salió corriendo a su encuentro con un grito de guerra indio. Luego, los persiguió tirándoles piñas y piedrecitas y les gritó:

—¡Arreando, espaguetis!

Eran italianos, y estaban tan asustados que lo único en lo que pensaban era en poner tierra de por medio. El único que volvió fue un pequeñuelo que había perdido los zapatos y que, en ese momento, se estaba agachando para recogerlos del suelo. Frank aprovechó para pegarle una patada en el culo: el chiquillo se puso a berrear como un loco y el cocodrilo lo dejó marchar.

Para entonces, ya se había reunido con él el resto de la banda. Olaf estaba plantado en mitad del camino, espatarrado como un vaquero, riéndose de los niños que huían.

Peter dijo:

—Pero ¿qué te ha hecho a ti ese pequeñajo?

—¡Mira que abusar así de un pobre chiquillo! —exclamó Hannes.

—¡Bah! —respondió Frank—. Mi padre siempre ha dicho que todos los extranjeros son unos granujas, que no hay que fiarse de ellos. Y mi hermano mayor dice que crían a sus hijos para que de mayores sean gánsteres.

—¡Que lo digan tu padre y tu hermano no significa que sea verdad! —respondió Peter. Estaba tan indignado que hasta se había olvidado de hurgarse la nariz.

—¡Repítele eso a mi padre —dijo Frank—, y verás la que te cae! Te pega una paliza que te dobla.

—Me ha contado mi padre que en la fábrica también le hace la vida imposible a los extranjeros —protestó Hannes.

El padre de Frank era encargado de la fábrica en la que el padre de Hannes trabajaba como pulidor.

Frank miró a Hannes, pero no le contestó nada.

—Venga, chicos —dijo María—, no nos pongamos ahora a discutir por nuestros padres, que ya sabemos cómo son: ¡se sulfuran por cualquier cosa!

—¿Y eso por qué? —preguntó Hannes—. Los míos no son así.

El chaval no obtuvo respuesta.

Volvieron a la cabaña. Lo que había hecho Frank les había sentado mal a todos (uno de los pactos de la banda era que no había que abusar de los más débiles) y saltaba a la vista que el propio Frank estaba bastante disgustado consigo mismo. A modo de disculpa, el chico dijo:

—Pero ¿qué se les ha perdido en el bosque? ¿Por qué no se quedan en su barrio?

—¿Que el bosque es tuyo? —le preguntó María.

–Hombre, nosotros no vamos a jugar al barrio italiano –respondió Frank.